

"Crónicas portalianas"

(Por Enrique Bunster, Edit. Alfa, 1993)

1912-76

RCE 7325

Pocos personajes en la vida nacional como Portales, don Diego, el creador de la República, para servir de modelo novelesco, sacralizado de la historia, donde tiene muy merecido un espacio ancho y solemne o, por el contrario, rescatado de las pasiones que lo llevaron al martirio en los entonces suburbios de Valparaíso.

Fue, lo que se llama, un animador de la vida chilena y su obra pública, hecha a golpes de intuiciones, ha permanecido sólida y segura, no sin negaciones y diatribas que hombres de la estatura intelectual como Vicuña Mackenna y Lastarria le asestaron después de su muerte, al menos, el primero por algunas decisiones que el ministro debió asumir ensombreciendo su memoria.

En aquel torbellino de conmociones en que se debatía el país, Portales, sin desearlo, debió asumir el poder, y diríase que cierta fuerza de gravedad ineludible lo aproximó a la autoridad, que evitaba con su ironía cáustica y sus viajes a Valparaíso, como pretexto para desprenderse de ella.

Una y otra vez, sin embargo, tuvo que afrontarla, dejando a un lado sus tertulias y encuentros placenteros en casas de amigos, también de amigas, que disfrutaban de su genio alegre, de su predilección por el canto y su lenguaje ligero y mordaz.

Así ha de regresar a Santiago cada

vez que las situaciones lo precisan. Y él, que desdeñaba y se reía del poder, debe volver a "componer las cosas" que en la capital se complicaban en los negocios públicos, mientras los suyos iban camino por la pendiente.

Sus cartas dan cuenta de su humorismo corrosivo y su afición por la zamacueca. Sus furtivos viajes tienen como destino el domicilio de muchas de sus mujeres que le acompañaron fielmente, a pesar de su escepticismo amoroso, aunque, como él recuerda, sólo su esposa, su prima María Josefa Portales y Larraín, le proporcionó "una dicha infinita".

Pero están, además, Constanza Nordenflycht, que le sigue desde el Perú y le da tres hijos; y Rosa Muñoz, la rutilante estrella de las fiestas a puertas cerradas; y la Meche Barros, una campesina de Placilla, la que arrancaba a don Diego su pasión poética y musical, entre mates y guitarras bien encordadas.

La celebridad de sus aventuras, que le hizo famoso entre las damas de la aristocracia, le hace sostener a Francisco A. Encina el mito de que su estirpe entroncaba con la de los Borgia y por esa vía es posible encontrar la clave de su temperamento excepcional, hecho de encontrados fuegos místicos y sensuales.

A aquellos que pusieron punto final, dramáticamente, los tiros de Florín.

H.R. Cortés

el Mercurio, Valparaíso, 25-VI-1993 p. 39.

1932

"Crónicas portalianas" [artículo] H. R. Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Crónicas portalianas" [artículo] H. R. Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile